

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 Y 3)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.

LA OFRENDA DE LOS MAGOS.

Predicho estaba que los reyes de Tarsis de la Arabia y de Sabá ofrecerían magníficos presentes y espléndidos regalos al recién nacido Rey de los judíos. Una estrella que brillaba más que el sol, como canta la Iglesia, se apareció á los tres Reyes Magos y conducidos por esta fiel mensajera de la Providencia llegaron felizmente al lugar donde estaba el Niño. Y prostrados le adoraron. Abrieron despues sus tesoros y le ofrecieron oro, incienso y mirra.

Vamos á exponer los hechos indicados para sacar de su profundo sentido reglas de conducta que nos sirvan de luz y direccion en el gobierno de nuestra vida. Estudiemos atentamente la ofrenda que los Magos presentaron á los pies del divino Niño, y sabremos qué género de homenajes reclama de nosotros el Hijo de Dios hecho hombre para nuestra dicha temporal y eterna.

Para graduar los homenajes que son debidos á una persona, exige el

orden de la razon que atendamos á la grandeza, dignidad y excelencia del sugeto. Y como los dones y presentes vienen á ser la expresion de nuestras ideas y sentimientos, claro es que aquellos deben corresponder á la excelencia y dignidad de la persona á quien rendimos nuestros homenajes. Los Magos eran sábios y poderosos.

Sabian que el recién nacido era el Rey de los reyes y Señor de los que dominan, (1) y por que conocian el precio de las cosas y la sublime magestad del divino Infante, objeto de sus adoraciones, ofreciéronle tres regalos los mas excelentes en su género; el oro que es el mas precioso de los metales, el incienso que es el mas suave y delicado de las aromas, y la mirra, el mas vigoroso y eficaz de los unguentos. Con el oro que se da en tributo á los reyes, reconocian y confesaban la divinidad de aquel Niño nacido de muger, en medio de las privaciones mas extremadas y las mas humildes apariencias; con la

(1) Apoc. 19.

mirra que se usa para embalsamar los cadáveres, reconocían y confesaban en el divino Niño la víctima que había de ofrecerse en el ara de la Cruz para rescate del mundo, y que el cuerpo de Jesús sería embalsamado con mirra como se verificó según el testimonio del Evangelista, San Juan. *Auro regem thure Deum, myrrha mortalem.*

La conducta de los Magos debe servirnos de norma para rendir á Jesucristo los homenajes que le son debidos y que se convierten para nosotros en riquísimos tesoros de gracias, beneficios y merecimientos, verdaderamente dignos de la eterna bienaventuranza. Los regalos que hacen al Niño simbolizan los místicos presentes que nosotros debemos ofrecerle como criaturas, como súbditos, y como cristianos. Debemos culto de adoración á Jesucristo Dios é Hijo de Dios, obediencia y sumisión á Jesucristo Rey, gratitud y amor á Jesucristo Redentor y Salvador. El oro significa la caridad, el incienso la oración, la mirra la penitencia y el buen olor de las virtudes cristianas, hermosas y aromáticas flores que brotan de las espinas de la mortificación y crecen gallardas y lozanas al riego de las lágrimas. He aquí las preciosas ofrendas que debemos presentar á los pies del que ha nacido, Rey de nuestra inteligencia, Dios de nuestra fé, Pontífice de la nueva alianza, Salvador y Redentor del género humano. Del tesoro de un corazón puro y fervoroso hemos de sacar el oro de la caridad, el incienso de la alabanza y la mirra de la mortificación. Así como el oro descuella entre los metales por su solidez, y

preciosidad, el amor divino sobresale entre las virtudes, por su belleza y preciosidad como una reina entre sus damas de honor. Donde está la caridad, abundan todos los bienes; donde falta la caridad, se entronizan todos los males. Aunque poseáis tesoros de sabiduría y seáis los reyes de la elocuencia, sino tenéis caridad, nada sois. Aunque el mundo proclame vuestras virtudes y os rinda tributo de admiración, si no tenéis caridad, nada sois. Aunque macereis vuestro cuerpo y desgareis vuestra carne con las más duras penitencias, sino tenéis caridad, nada sois. Aunque distribuyáis entre los pobres todos vuestros bienes, y creáis que habéis llegado á la cumbre de la santidad, sino estais en gracia de Dios, sino arde en vuestro pecho el amor de Dios, sino tenéis caridad, nada sois, nada vale lo que haceis. Todas las obras que hagais por excelentes y meritorias que parezcan á la humana estimación, sino tenéis caridad, no tenéis valor alguno en el orden sobrenatural, nada valen á los ojos de Dios. Son obras hechas en pecado y nacen muertas, toda vez que no estan informadas por la caridad, alma, vida y aroma de las obras buenas; la caridad, don sobrenatural que hace al hombre hijo de Dios, justo, santo, capaz de merecer, y con derecho á heredar las riquezas de su Padre que está en los cielos.

No blasoneis de buenos, de justos benéficos, honrados y hombres de bien, porque si estais separados de Dios por la culpa, sino tenéis caridad, nada valen esas virtudes naturales, nada sois á los ojos de Dios que descubre manchas hasta en el sol. Decis

que sois ricos en honradez, en honrra de bien, en sentimientos nobles, justos y humanitarios, y de nada habéis menester, y no sabéis que sois pobres y miserables, que estais ciegos y desnudos; que si deseais ser ricos, debéis buscar las verdaderas riquezas, el oro encendido de la caridad que nos comunica la vida de Dios y nos sirve para comprar el reino de la inmortalidad.

Debemos sacar del tesoro de nuestro corazón el incienso de la alabanza y de la oración, porque «el sacrificio de la alabanza honrará al Señor.» (Psalm.) Como el humo del incienso se eleva á lo alto y perfuma el ambiente del lugar santo, así suben los himnos de la oración y los cánticos de la alabanza, perfumados con el aroma de la gratitud, que los ángeles recogen en tazas de oro y se los presentan al Altísimo. El incienso de nuestras oraciones y alabanzas desciende del trono de Dios cargado de bendiciones, porque sus ojos están siempre fijos sobre los justos de la tierra y sus oídos abiertos á las súplicas de sus criaturas.

Debemos sacar del tesoro de nuestro corazón la mirra de la penitencia y de la mortificación. Aunque la mirra es de suyo amarga, difunde un aroma muy agradable y tiene la virtud de conservar incorruptos los cádáveres. La penitencia es en verdad amarga y repugnante á nuestra sensualidad, pero tiene la virtud de curar las dolencias de nuestra alma, borra nuestros pecados, nos reconcilia con Dios, y nos devuelve la vida sobrenatural que habíamos perdido, vida noble, vida divina que nos hace semejantes á Dios y partícipes de

sus riquezas. La penitencia preserva las almas de la corrupción moral como la mirra preserva los cuerpos de la descomposición física. No desprecia Dios un corazón penitente, verdaderamente conrito y humillado antes bien se complace en nuestro arrepentimiento y recibe con amor entrañable á los hijos pródigos que vuelven llorosos y desengañados de las áridas regiones donde moran los vicios y desórdenes, causa verdadera de miserias físicas y morales que hacen al hombre desdichado en el tiempo y desventurado en la eternidad. ¿Quién ignora además los bienes y utilidades de la penitencia y los frutos inestimables que producen las mortificaciones? Bien dice Isaias que «toda disciplina no parece causar al presente gozo y alegría sino tristeza y aflicción, pero al fin dá frutos tan peregrinos y delicados que embriagan el alma con sabores dulcísimos y nos hacen exclamar con las palabras del Eclesiástico: «Como la mirra elegida, difunde nuestro corazón suavísimos perfumes.» ¡Dichosos los que poseen el tesoro de un buen corazón! Con el oro de la caridad, el incienso de la oración y la mirra de la mortificación, son verdaderamente ricos. Poseen la tierra y poseerán el cielo.

UNA MEDALLA DE LA VIRGEN.

En 1857, en el sitio de Constantina, un joven oficial francés fué derribado por una bala que le dió en mitad del pecho. ¡Sorprendido de

sentirse aún con vida tras semejante choque, se lleva la mano á la parte contusionada, y comprueba, con alegría fácil de comprender, que no ha recibido lesión alguna. Pudiendo apenas comprender tamaña dicha, se palpa en todas direcciones, y encuentra debajo de su ropa la bala que habia dado con él en tierra. Estrecha piadosamente aquella bala cual reliquia gloriosa, y congratulándose por la solidez de su esternon, vuelve al combate, lleno de nuevo ardor. Mas en breve le detiene una segunda bala en la pierna. Esta vez la herida es mas grave; hay que llevarse lo del campo de batalla, y la curacion fué tan lenta, que obtuvo una licencia mientras convalecía, y pudo regresar á Francia. ¡Cosa extraña! al examinar la bala vió impresa en ella la huella de una medalla que se habia grabado en el plomo, como un sello en la blanda cera. ¡La bala habia dado contra una medalla que una madre piadosa habia suspendido á su cuello para preservarlo del peligro! La medalla habia desempeñado muy bien su papel. Pero ¿cómo habia podido grabar su imágen en el metal al través de las ropas? Era un hecho que nuestro jóven oficial tuvo que declarar inexplicable, contentándose con aprovecharlo sin ocuparse más de él.

Al finalizar el tiempo de su licencia, fué á París. Era en las últimas semanas de la Cuaresma, y además del deseo de volver á ver la capital, no le pesaba al jóven librarse de la austeridad con que se observaba la abstinencia en la casa paterna.

Una tarde sorprendióle un chubasco en las inmediaciones de Nuestra Señora de las Victorias, y entró

en la iglesia para buscar un refugio contra la lluvia. El Cura refería alguno de los hechos extraordinarios de las curas milagrosas obtenidas por la intercesion de la Santísima Virgen. Las paredes del templo están literalmente entapizadas de exvotos y placas conmemorativas, cuya explicacion exigiria volúmenes.

El oficial, que escuchaba al principio con aire distraido, prestó en breve más atencion á lo que oía: aquellas historias le recordaban la suya. Se sonreía para consigo mismo y se decía en voz baja: «¡Ah! señor Cura, si supiera V. lo que me ha sucedido, ¿qué diria?» Al fin, como impulsado por una fuerza misteriosa, cuando el sacerdote se dirigió á la sacristía, fué á su encuentro y le dijo:

—¿Por ventura, cree V., señor Cura, en todo cuanto acaba de referirnos?

—Ciertamente, caballero; todos esos hechos son completamente auténticos; he sido personalmente testigo de varios de ellos, y debo los demás á personas dignas de toda confianza.

—Y á eso llama V. milagros?

—Son por lo ménos hechos muy extraordinarios, en los cuales no parece imposible ver la intercesion de la Santísima Virgen.

—Pero, entonces, lo que me ha sucedido es un milagro!

Y le refirió la historia de su bala y le enseñó la bala y la medalla, que llevaba siempre consigo.

¿Qué pasó despues entre aquellos dos hombres? Sin duda el sacerdote hizo comprender al soldado que un hueso, por sólido que sea, no se halla en estado de resistir una bala, so-

bre todo cuando esta posee bastante fuerza para aplastarse contra una delgada hoja de metal; que aquella impresion inexplicable, hecha á pesar de la interposicion de los vestidos, no podia mirarse como un hecho natural; que la circunstancia misma, tan natural en apariencia, que lo habia conducido á aquella hora á aquella iglesia, por decirlo así, á pesar suyo, podia tambien ser considerada con razon como una gracia especial, etc. En suma, el oficial se sintió convencido; cayó de rodillas y se confesó.

Poco despues pidió su retiro y se encaminó á Roma. Allí entró en el Seminario francés, y pocos años despues se le ordenó de sacerdote.

Quiso entonces regresar á aquella tierra de Africa, regada ya con su sangre; pero no ya espada en mano y para imponer por la fuerza la dominacion francesa; su arma era un Crucifijo. é iba á llevar á los pobres, negros, á las poblaciones más salvajes y más degradadas de la tierra palabras de paz y de redencion.

El jóven oficial herido en Constantina y condecorado con la Legion de honor no era otro que el venerable P. Papetart, vicario general de las Misiones africanas, que ha muerto en Niza, á donde sus superiores le habian enviado para tratar de restablecer su salud, estragada por tantos trabajos, padecimientos y fatigas.

DESDE ROMA.

1.º de Enero de 1884.

Durante toda la época del Adviento, consagrada principalmente á

la oracion, he tenido que abandonar ocupaciones, como la de enterar á los lectores del BOLETIN DOMICAL, de lo que sucede en Roma.

Las predicaciones en las cuatro Dominicas del Adviento han estado, en el Vaticano, á cargo de cuatro religiosos regulares. Su Santidad Leon XIII, y lo mismo el Sacro Colegio de Cardenales oyeron con grande atencion, en la primera Dominica, el sermón de un humildísimo Padre Franciscano, apenas conocido en el mundo.

Se oyó con la mayor atencion la palabra divina, que brotaba de los lábios de este religioso, perteneciente á la humildísima y pobre congregacion de los frailes Franciscanos.

La segunda Dominica fué predicada á Su Santidad y á los Cardenales por un fraile Dominico, cuyo nombre ignoran cuantas personas hé preguntado, lo cual indicará á todos las costumbres austeras en el Vaticano, buscándose para la explicacion de la palabra divina á religiosos dotados de grandes virtudes con preferencia á esclarecidos y afamados oradores sagrados.

La tercera Dominica estuvo á cargo de un Padre de la Compañia de Jesus, profesor en el seno de los Colegios romanos.

Y la cuarta Dominica se encomendó á un religioso Oblato de Maria, para que explicara las gracias y los favores con que el cielo adornó á la Madre de Jesús, Nuestro Señor.

Su Santidad, siguiendo las costumbres pontificias, no falta nunca á estas modestas festividades celebradas en una de las capillas del Vaticano, y lo propio hacen los Cardenales y

toda la alta servidumbre de Leon XIII.

Terminado el Adviento, el lunes 24 de Diciembre segun se acostumbra en el Vaticano, el Santo Padre, al mediodía, recibió los homenajes y las felicitaciones de los Cardenales, llevando la palabra el Decano del Colegio Sagrado, Su Eminencia el Cardenal di Pietro.

Su Santidad les ha dado las gracias y, al propio tiempo, ha manifestado cuántos esfuerzos hace para la paz de la Iglesia, deplorando que el odio de los enemigos fuese un obstáculo para esta paz.

En las naciones, aún en las más católicas, se revela un espíritu de hostilidad que tiende á arrebatarse á la Iglesia su influencia, á cercenar sus derechos, y á hacer su misión más penosa. Es, particularmente, lamentable que en Roma se aproveche para el ataque todo motivo, como se ha visto recientemente por parte de los liberales, con ocasión de las peregrinaciones del clero, primero, y después de los seglares á saludar á Leon XIII.

El centenario de Lutero ha sido explotado por la prensa liberal, que ha ensalzado la insubordinación contra el Pontificado.

En estos momentos, los órganos de la revolución no dejan de hacerenos entrever un porvenir, todavía peor porque aún encuentran que el Pontificado disfruta de mucha libertad, y quisieran que, en lugar de visitas de respeto y de consideración, como la reciente del príncipe heredero de Alemania, la Santa Sede se viera aislada.

Con motivo de las fiestas de Navidad, Su Santidad ha hecho distribuir á las familias pobres de Roma, por mano de su limosnero apostólico, cien camas completas.

Esta paternal munificencia, juntamente con otras limosnas pecuniarias, excede de la suma de 12.000 pesetas.

El Cardenal Haynald, primado de Hungría, ha hecho anunciar que llegará á Roma, juntamente con otros Prelados, presidiendo una comisión, representación de los católicos de la mayoría de las parroquias de Hungría, que desean saludar á Su Santidad, pedir su bendición apostólica y al propio tiempo, entregarle el donativo recaudado en suscripción pública entre todos los católicos y que asciende á 500,000 pesetas para que la Santa Sede pueda atender á sus grandes gastos, para los cuales no cuenta más que con las donaciones ó limosnas de los católicos.

Desde que Su Santidad Leon XIII fué elevado al trono pontificio, las misiones católicas, establecidas por todo el mundo, recibieron una marcada predilección y un gran impulso. Los resultados han sido muy satisfactorios, pues, como sucede en Mossoul (en la Turquía asiática), los Padres Dominicos han logrado ya reunir diez mil cristianos.

Ultimamente, todos los Superiores Generales de las Ordenes religiosas han celebrado conferencias con Su Santidad, y, segun parece, el objeto principal es el de dar mayor im-

pulso todavía á la propagacion de la fé católica.

Esta accion del apostolado católico, secundada por todo el clero secular y, por complemento, por la prensa católica, es de esperar que, con la ayuda de Dios, dará resultados satisfactorios para el bien de la Iglesia Nuestra Madre.

UNA MADRE.

Traducido del escritor inglés Anderson por Fernán Caballero.

¡Estaba sentada una madre triste á la cabecera de su párvulo, temiendo que se muriese! Muy pálido estaba el pobre niño; sus ojitos estaban cerrados. Respiraba tan suave y hondamente que parecía suspirar, y su madre lo observaba con más y más dolor.

De pronto se oyó llamar á la puerta y entró una pobre anciana envuelta en su manta, que bien la necesitaba porque hacía un tiempo crudo de invierno. Todo estaba cubierto de hielo y de nieve, y el viento cortaba los rostros como una arma afilada.

Como la anciana temblaba de frío, y el niño dormía en aquel momento, la madre se levantó y fué á calentar un poco de vino para confortar á la anciana, mientras ésta se puso á mecer la cuna, y la madre se sentó junto á ella mirando con dolor á su pobre hijo, que seguía respirando con dificultad y que de cuando en cuando levantaba su manita.

—¿Os parece que le salvaré; ó que mi Dios me lo quitará? preguntó á la anciana.

Esta meneó la cabeza tan seria y tan friamente, que podía significar un nó, como un sí. La pobre madre bajó los ojos, mientras que por sus mejillas corrían muchas lágrimas. Su cabeza empezó á pesarle y rendida se durmió; hacíatres noches que no dormía.

Su sueño no duró un minuto, cuando se despertó, la anciana y el niño habían desaparecido...

Salió la madre fuera de sí de su casa llamando á su hijo.

Sobre un monton de nieve halló sentada á una mujer vestida de negro, la que viéndola tan afligida la dijo:

—La muerte ha estado en tu casa; la ví salir llevándose á tu hijo; corre por si la alcanzas, que ella jamás devuelve lo que arrebató.

—Dime por donde va... repuso la madre; dime el camino que lleva, que yo la alcanzaré.

—Bien sé por dónde camina, respondió la del traje negro; pero antes de decirlo quiero que me cantes todas las canciones que cantabas á tu hijo; te las he oído y me han gustado, porque soy la noche y te he oído llorar mientras cantabas.

—Todas te las cantaré luego, dijo la madre; no me detengas ahora, que voy á alcanzar á mi hijo.

La noche se mantuvo inmóvil y silenciosa.

La pobre madre cantó muchas canciones de cuna, y derramó aun más lágrimas.

Entonces le dijo la noche:

Vé por la derecha, entra en aquel pinar oscuro; por él entró la muerte con tu hijo.

Los caminos se cruzaban en la es-

pesura del pinar, y la pobre madre no atinaba á cual seguir.

En un paraje más claro había una acácia espinosa sin hojas y sin flores; en su lugar tenía escarchas y copos de nieve.

—¿Has visto pasar por aquí la muerte con mi niño? le preguntó al madre.

—Si, contestó la espinosa acácia; pero no te diré por donde fué hasta que no me abrigues y acalores con tu pecho y tu corazón.....porque me estoy helando.

La pobre madre se abrazó con tanto ahinco al arbusto espinoso para calentarlo, que las espinas se clavaron en su pecho, y gotas de sangre cayeron sobre el arbusto, y este enseguida, á pesar del frío, echó hojas y flores.

Entonces la acácia agradecida le dijo el camino que había tomado la muerte..... Mas había que pasar una laguna, y en su orilla no había barco ni lancha..... Desesperada la pobre, se echó al suelo para absorber el agua, porque aunque reconocía la imposibilidad de su intento, pensó que posible era que en su favor se obrase un milagro. ¿Qué no daría yo, gemía, para llegar donde está mi hijo!.... Y cada vez lloraba más, hasta que sus ojos se desprendieron y cayeron en el fondo del agua, en que se volvieron piedras preciosas. Entonces el agua se compadeció y la sostuvo y la llevó á la orilla opuesta, donde se hallaba una casa grande y de estraña construcción, de manera que no se atinaba en fijar si era una montaña con cuevas, ó una obra construida por manos de los hombres.

Pero la pobre madre no distinguía nada por haberse quedado ciega de tanto llorar.

—¿Dónde..... dónde encontraré á la muerte que me ha robado á mi hijo?—esclamó.

—Aun no hallegado aquí,—respondió una anciana, que tenía allí el encargo de cuidar de las plantas sepulcrales;—pero dime ¿cómo has podido llegar á este sitio, y quien te ha dado las señas de esta morada?

—Nuestro Señor me ha ayudado, respondió la madre, es piadoso y tú también lo serás conmigo. Dime, ¿dónde está mi hijo?

—No lo sé, contesto la anciana; muchas son las flores y los árboles que han perecido esta noche, la muerte pronto vendrá para plantar otras en su lugar pues has de saber que cada mortal tiene su árbol ó su flor de vida; estas plantas que ves aquí tienen pulsaciones de corazón y de vida; busca el arbolito de tu hijo, sin duda lo distinguirás entre los demás, pero ¿qué me darás si te digolo que despues tienes que hacer?

—Yo no tengo nada que dar, respondió la aflijida madre: pero iré hasta el fin del mundo por servirte.

—Nada tengo que hacer ni que ver con el mundo, replicó la anciana; pero me puedes dar tu cabello negro; que me gusta, yo en cambio te daré mis canas.

(Se continuará.)

